

COLETTE

EL QUEPIS  
Y OTROS RELATOS

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS  
DE NÚRIA PETIT

BARCELONA 2021



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Le képi*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1943 by Librairie Arthème Fayard  
© de la traducción, 2021 by Núria Petit Fontserè  
© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-18370-23-6  
DEPÓSITO LEGAL: B. 5483-2021

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *abril de 2021*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

El quepis,	7
La mocita,	55
El lacre verde,	95
Armande,	113



## EL QUEPIS

Al albur de mis recuerdos, he hablado aquí y allá de Paul Masson, alias Lemice-Térieux. Había sido presidente del tribunal de Pondichéry, era un mistificador de gran mérito—y de gran peligro—y a la sazón ocupaba el cargo de agregado del catálogo de la Biblioteca Nacional. Por él, por la Biblioteca, conocí a la mujer cuya única aventura amorosa me dispongo a contar.

El hombre maduro, Paul Masson, y la mujer jovencísima que era yo mantuvimos durante aproximadamente ocho años una amistad bastante estrecha. Sin ser una persona alegre, Paul Masson se esforzaba en alegrarme la vida. Creo que al verme tan sola y hogareña sentía compasión por mí, aunque lo disimulaba, y además se enorgullecía de hacerme reír. A menudo cenábamos juntos en mi pequeño apartamento del tercer piso de rue Jacob, yo envuelta en mi bata con pretensiones botticellianas y él siempre vestido de negro, polvoriento y correcto. De perilla puntiaguda, tirando a pelirroja, piel ajada y ojos entornados, la ausencia de rasgos distintivos era tan llamativa como un camuflaje. Me trataba con franqueza pero evitaba tutearme, y cada vez que abandonaba su estudiada reserva daba muestras de una excelente educación. Estando solos no se sentó jamás a escribir a la mesa de quien llamaré «Monsieur Willy», y no recuerdo que en todos esos años formulase nunca una pregunta indiscreta.

Además, su mordacidad me encantaba. Me admiraba que estuviera siempre dispuesto a mostrarse incisivo en términos moderados y sin vehemencia alguna. Me traía has-

ta mi tercer piso, junto a las anécdotas de París, una serie de ingeniosas mentiras que a mí me parecían cuentos fantásticos. ¡Y qué suerte la mía si coincidía con Marcel Schwob! Los dos hombres fingían odiarse, jugaban a insultarse en voz baja y con mucha cortesía. Las eses silbaban entre los dientes apretados de Schwob. Masson carraspeaba y destilaba un veneno de dama añosa. Después se sosegaban y conversaban largo rato; yo me enardecía entre aquellas dos inteligencias finas y falsas.

Las horas de asueto que la Biblioteca Nacional le concedía a Paul Masson me garantizaban su visita casi a diario, pero la chispeante conversación de Schwob no era una fiesta tan frecuente. Sola con la gata y con Masson podía yo permanecer callada, y aquel hombre prematuramente envejecido descansar en silencio. A menudo apuntaba a saber qué en las páginas de una libreta con tapas negras de molesquín. La salamandra llenaba nuestra espera de un sopor carbónico, escuchábamos soñolientos el cañonazo del portal, yo me despertaba para comer dulces o nueces saladas y rogaba a mi invitado, que tal vez disimulándolo fue el más devoto de todos mis amigos, que me hiciese reír. Yo tenía veintidós años, una cara de gatita anémica y un metro cincuenta y ocho de cabellera, que en casa llevaba suelta formando un manto ondulado que me llegaba a los pies.

—Paul, cuéntame mentiras.

—¿Cuáles?

—Las que quieras. ¿Cómo está tu familia?

—Señora, olvida usted que soy soltero.

—Pero si me habías dicho...

—Sí, sí, lo recuerdo. Mi hija adulterina está muy bien. El domingo la dejaron salir y me la llevé a comer a un parque, en las afueras. La lluvia había dejado adheridas a la mesa de hierro unas hojas amarillas de tilo. Ella se divirtió mu-

cho despegándolas, y comimos patatas fritas tibias, con los pies sobre la grava mojada...

—No, eso no, es demasiado triste. Prefiero a la señora de la Biblioteca.

—¿Qué señora? Tenemos muchas.

—La que dices que está escribiendo una novela india.

—Sigue trabajando en su folletín. Hoy he sido magnánimo y generoso, le he regalado unos cuantos baobabs, varias latanias dibujadas del natural, un faquir y una retahíla de conjuros, maharajás, monos aulladores, sijes, saris y lacs de rupias...—Frotándose las manos secas, añadió—: Cobra un céntimo la línea.

—¡Un céntimo!—exclamé—. ¿Por qué un céntimo?

—Porque trabaja para un tipo que cobra dos céntimos la línea, que a su vez trabaja para un tipo que cobra cuatro céntimos la línea, que a su vez trabaja para un tipo que cobra diez céntimos la línea.

—¡Entonces lo que me estás contando no es una mentira!

—No siempre pueden ser mentiras—suspiró Masson.

—¿Cómo se llama?

—Su nombre es Marco, como usted habría podido adivinar, pues las mujeres de cierta edad, cuando pertenecen al mundo artístico, sólo pueden elegir entre algunos nombres como Marco, Léo, Ludo, Aldo... Y todo por culpa de la señora Sand...

—¿De cierta edad? ¿Entonces es vieja?

Paul Masson me lanzó al rostro, que enmarcado por mi larga cabellera recobraba la apariencia infantil, una mirada indescriptible:

—Sí—respondió antes de corregirse ceremoniosamente—. Perdón, me he equivocado. Quería decir que no. No, no es vieja.

Yo me alegré.

—¿Lo ves? ¿Ves como era una mentira? Si ni siquiera le has puesto edad...

—Si se empeña...—dijo Masson.

—O a lo mejor, bajo el nombre de Marco, escondes a una amante.

—No necesito a la señora Marco. Mi amante, gracias a Dios, es la mujer de la limpieza. —Consultó el reloj y se levantó—: Discúlpeme con su marido, debo irme o perderé el ómnibus. En lo que se refiere a la muy real señora Marco, se la presentaré cuando usted me diga. —Y recitó a toda prisa—: Es la mujer del pintor V., un antiguo compañero mío del instituto, que la hizo muy desdichada; huyó del domicilio conyugal, donde su perfección se había vuelto imposible; todavía es bella e inteligente, pero no tiene un céntimo; vive en una pensión de rue Demours, donde paga ochenta y cinco francos al mes por la habitación y el desayuno; sale adelante escribiendo folletines anónimos, tiras de periódico y hasta direcciones en sobres, da clases de inglés a tres francos la hora y no ha tenido nunca ningún amante. Ya ve usted que esta mentira es tan desagradable como la verdad.

Le di el candil encendido y lo acompañé hasta la escalera. Mientras bajaba, la llamita tiñó de rojo su perilla, un poco respingona.

Cuando me hube hartado de oír hablar de «Marco», le pedí a Paul Masson que nos presentara, pero no en rue Jacob. Como me había dicho que me doblaba la edad, era de rigor que fuera la mujer más joven quien se desplazara para conocer a una señora mayor que ella. Naturalmente, Paul Masson me acompañó a rue Demours.

La pensión donde vivía la señora Marco V. fue demolida. Hacia 1897, del antiguo jardín la casa sólo conservaba un seto de evónimos, un camino de grava y una pequeña



escalinata de cinco peldaños. Nada más pisar el vestíbulo me embargó la tristeza, pues ciertos olores, ni siquiera diría que culinarios sino tan sólo provenientes de la cocina, son terriblemente reveladores de la pobreza. En el primer piso, Paul Masson llamó a una puerta, a través de la cual la voz de la señora Marco nos invitó a entrar. Era una voz perfecta, ni demasiado aguda, ni demasiado grave, alegre y bien modulada... ¡Qué sorpresa! La señora Marco parecía joven, la señora Marco era bonita, llevaba un vestido de seda, la señora Marco tenía unos bonitos ojos casi negros con un contorno parecido al de los corzos, una arruguíta bajo la punta de la nariz, el cabello con un toque de henna, en la frente unos caracolillos pequeños a modo de esponja, como la reina de Inglaterra, y en la nuca unos rizos cortos del tipo denominado «excéntrico» que usaban algunas pintoras o músicas.

Me llamó «*petite madame*», afirmó que Masson le había hablado mucho de mí y de mi larga cabellera, se disculpó aunque sin insistir por no tener ni oporto ni caramelos que ofrecerme. Nos mostró con sencillez el lugar donde vivía, y su gesto me descubrió el trozo de moqueta medio oculto por un velador, la tela desgastada del único sillón y, encima de las dos sillas, dos cojines planos y raídos con un estampado argelino. También había una especie de felpudo en el suelo... La chimenea hacía las veces de repisa para libros.

—El reloj lo he secuestrado en el armario—dijo Marco—, pero le aseguro que se lo merecía. Por fortuna, otro armario empotrado me sirve de lavabo. ¿Usted no fuma?

Negué con la cabeza, y Marco se trasladó a plena luz para encender un cigarrillo. Entonces vi que todos los pliegues del vestido de seda se abrían. La poca ropa interior visible en el cuello era blanquísima. Marco y Masson fumaron y conversaron, pues la señora Marco había comprendido en-

seguida que yo prefería escuchar antes que hablar. Me esforcé en no mirar el empapelado, a rayas oro viejo y granate, ni la cama y su colcha de algodón adamascado.

—Mire mejor ese cuadrito—me sugirió la señora Marco—, es de mi marido. Es tan bonito que no me he querido deshacer de él. Representa aquel rincón de Hyères que usted, Masson, estoy segura recordará.

Yo miré con envidia a Marco, a Masson y el pequeño lienzo, que habían estado en Hyères... Como la mayoría de jóvenes, sabía refugiarme en mí misma para distanciarme de mis interlocutores, regresar a ellos con un salto mental y volver a abandonarlos al rato. Durante el tiempo que duró mi visita a la casa de Marco, gracias a su tacto y su delicadeza, que me ahorraron preguntas y respuestas, pude ir y venir sin moverme, observar y cerrar los ojos. La vi tal como era, cosa que me afligió y me alegró a un tiempo, pues si bien sus facciones eran proporcionadas y bellas, tenía lo que suele llamarse una piel gruesa, un poco granulosa, masculina, enrojecida en algunos lugares del cuello y debajo de las orejas. Sin embargo, me fascinaron la vivacidad de su sonrisa inteligente, la forma de sus ojos de corzo y su porte excepcionalmente digno, libre de toda afectación. Más que una mujer bonita, parecía uno de esos aristócratas elegantes e inmovibles que adornaron el siglo XVIII y no se avergonzaban de ser atractivos. Según Masson, se parecía sobre todo a su abuelo, el caballero de Saint-Georges, un ilustre antepasado que no desempeña ningún papel en mi relato.

Marco y yo trabamos amistad. Y cuando hubo terminado su novela india—algo así como *La mujer que mata*, según decidió el tipo que cobraba diez céntimos la línea—, el señor Willy calmó la susceptibilidad de Marco encargándole unos trabajos de biblioteca para lograr que aceptara

pequeños honorarios y consintiera, cuando yo se lo rogaba insistentemente, en compartir de improviso nuestros manteles. Me bastaba observarla para aprender los mejores modales a la mesa. El señor Willy se jactaba de apreciar su distinción, y tuvo motivos para mostrarse satisfecho con la educación exquisita de Marco y su ingenio, que era de una cortesía inflexible y un tanto mordaz. De haber nacido veinte años más tarde, creo que habría sido una buena periodista. Al llegar el verano, fue el señor Willy quien propuso llevarme a un pueblo de montaña del Franco Condado junto con aquella compañera extremadamente amable y de una pobreza tan digna. Su equipaje era de una ligereza que partía el alma. No obstante, en aquella época yo misma disponía de muy poco dinero, y nos instalamos lo mejor que pudimos en el único piso de una fonda ruidosa. A Marco, que prácticamente no caminaba, le bastaban el balcón de madera y un sillón de mimbre. No se saciaba del reposo ni del púrpura intenso que el atardecer vertía sobre las montañas, ni de los cuencos colmados de frambuesas. Había viajado, y comparaba con otros paisajes los valles que el crepúsculo realizaba. Allí arriba me di cuenta de que Marco no recibía más correo que las postales ilustradas de Paul Masson y los «mejores deseos de unas buenas vacaciones», también en una postal, de un colega chupatintas de la Biblioteca.

Durante las tardes calurosas, bajo el toldo del balcón, Marco remendaba su ropa interior. Cosía mal pero con sumo cuidado, y yo me enorgullecía de los consejos que le daba, como por ejemplo: «Cose usted con un hilo demasiado grueso para unas agujas tan finas... En las camisas no hay que poner cintas azul celeste, el rosa queda mucho mejor en la ropa interior y sobre la piel». No tardé en darle otros acerca de los polvos de arroz, el color de su pintala-

bios y la gruesa línea con la que trazaba a lápiz el hermoso contorno de sus párpados. «¿Usted cree? ¿Usted cree?», me decía.

Mi joven autoridad era inflexible. Tomaba un peine, abría una pequeña y graciosa brecha en su flequillo de esponja, me mostraba experta en ensombrecerle la mirada, en encender una vaga aurora en lo alto de sus pómulos, junto a las sienes. Pero no sabía qué hacer con la ingrata piel de su cuello, ni con una sombra larga que le marcaba la mejilla. Esa llama halagadora que le pintaba en la cara la transformaba tanto que me apresuraba a borrarla. Empolvada de ámbar, mejor alimentada que en París, se animaba con moderación y me contaba alguno de sus viajes del pasado, cuando como buena esposa de pintor seguía a su marido desde una aldea griega a un pueblo marroquí, lavaba los pinceles y freía en aceite berenjenas y pimientos. Enseguida dejaba de coser para fumar, y echaba el humo por sus suaves narinas de herbívoro. Pero me nombraba lugares y no a amigos, contaba las incomodidades y no las penas, y yo no me atrevía a indagar más. Empleaba las mañanas en escribir los primeros capítulos de una nueva novela a un céntimo la línea, que la falta de documentación en lo relativo a los primeros cristianos retrasaba sensiblemente. «Cuando haya puesto unos leones en la arena, una virgen rubia arrojada a los soldados y un éxodo de cristianos bajo la tormenta—decía Marco—, habré agotado mi erudición personal, y para el resto esperaré a estar de vuelta en París».

He dicho que «trabamos amistad», lo cual es cierto si la amistad se limita a un trato de insólita exquisitez, a una cautela cuidadosamente disimulada para limar cualquier aspereza. Yo no podía sino mejorar imitando a Marco y sus modales de «dama». Además, no me inspiraba ninguna desconfianza. La notaba franca, contraria a todo lo que

podiera causar ofensa, absolutamente ajena a cualquier rivalidad femenina. Pero la diferencia de edad de la que el amor se ríe es más compleja en la amistad, sobre todo entre dos mujeres, y más en el caso de una amistad incipiente que, como el amor, desea quemar etapas. El campo me insuflaba un vivo deseo de arroyos saltarines, de prados mojados, de ociosidad movediza...

—Marco, ¿no le apetece que mañana nos levantemos pronto y pasemos el día bajo los abetos, donde crecen ciclámenes salvajes y setas violetas?

Marco se estremecía y entrelazaba sus manitas.

—No, no...—respondía—. Vaya usted sola, usted solita, cabritilla...

Había olvidado mencionar que, pasada la primera semana, el señor Willy había vuelto a París «por negocios». Me escribía escuetas notas en las que salpimentaba su prosa, que bebía de Mallarmé y de Fénéon, con onomatopeyas en caracteres griegos, con citas alemanas y fórmulas cariñosas en inglés...

Así pues, yo subía sola hacia los abetos y los ciclámenes. El contraste entre el sol abrasador y el frío nocturno de las hierbas que crecían sobre una capa de musgo resultaba embriagador. Más de una vez pensé en no volver para el almuerzo. Pero volvía por Marco, que saboreaba el descanso como si debiera recuperarse de veinte años de fatiga. Como una convaleciente, descansaba con los ojos cerrados, la tez pálida bajo los polvos de arroz y un aire de abatimiento. Al caer la tarde, daba un pequeño paseo por la carretera, que aun al atravesar el pueblo conservaba la apariencia de un camino forestal sinuoso, admirable, en el que los pasos despertaban un sonido claro.

Lo cierto es que los demás «turistas» no se movían mucho más que nosotras. Las personas de mi generación re-

cordarán que un verano en el campo, hacia 1897, no se parecía a los veraneos agitados de hoy. Un riachuelo frío, puro y con lecho de pizarra, servía de meta para el paseo de los más activos, que iban cargados con sillas plegables, una labor de aguja, una novela, la merienda y unas inútiles cañas de pescar. En las noches de luna llena, las muchachas y muchachos salían en cuadrillas después de la cena, que se celebraba a las siete, se alejaban por la carretera y, de regreso, se detenían para desearse las buenas noches.

—¿Irán mañana en bicicleta hasta Saut-de-Giers?

—Ah, aún no es seguro. Dependerá del tiempo...

Los hombres vestían chalecos de corte bajo a modo de faja, con dos hileras de botonadura falsa, debajo de la chaqueta de alpaca negra o canela, una gorra a cuadros o un sombrero de junco. Las muchachas y las mujeres jóvenes eran llenitas, sensuales, llevaban vestidos de algodón blanco o de tursor de color crudo. Cuando se remangaban dejaban al descubierto unos brazos blancos y, debajo de las grandes pamelas, las frentes se libraban del bronceado bermellón. Por la tarde algunas familias se arriesgaban a practicar lo que llamaban «el baño», sumergiéndose en el punto donde el río se ensanchaba, a menos de una legua del pueblo. Al atardecer, alrededor de la mesa compartida, el cabello mojado de los niños olía a estanque y a menta salvaje.

Un día, para que yo pudiera leer mi correo—que traía dos cartas, un artículo recortado de *Art et Critique* y algunas otras menudencias—, Marco adoptó su pose de convaleciente, cerró los ojos y apoyó la cabeza en el cojín de rafia del sillón de mimbre. Llevaba la bata beige de lino que, para conservar el resto de su guardarropa, se ponía cuando estábamos solas en nuestras habitaciones o en el balcón de madera. Vestida con esa bata aparentaba su verda-

dera edad y pertenecía fielmente a su generación: una serie de rasgos concretos, halagadores y melancólicos, la delataban irremediabilmente, como la estudiada onda del cabello que acusaba la estrechez de sus sienes, el flequillo corto que se resistía a ser peinado hacia el otro lado, el porte del mentón impuesto por un cuello surcado de arrugas, las rodillas, que jamás cruzaba, la misma bata ramplona que, en vez de lucir con la simplicidad de una prenda de trabajo, adornaba con una chorrera de falsa blonda, a juego con los puños y con un ligero drapeado en las caderas.

Eran los mismos signos de época y de carácter que mi generación repudiaba. El nuevo peinado de cabellos sueltos y los bandós al estilo Cléo de Mérode hacían juego con el canotier en forma de aureola, con las blusas camiseras de tipo inglés y la falda recta. La bicicleta y la falda pantalón se habían popularizado entre todas las clases sociales. A mí empezaban a entusiasmarme los cuellos almidonados y los suéteres de lana gruesa que venían de Inglaterra. La divergencia de las dos modas, la reciente y la novísima, era demasiado evidente como para no humillar a las mujeres que, por falta de medios, tardaban en abandonar la una y adoptar la otra. A menudo frustrada en mis aspiraciones de elegancia, yo sufría por Marco, heroica con dos vestidos ajados y dos blusas descoloridas.

Doblé lentamente mis cartas, sin que mi atención abandonase a la mujer que fingía dormir, la mujer bonita de 1870, 1875, que por modestia e indignancia renunciaba a seguirnos hasta 1898. Con la intransigencia propia de las mujeres jóvenes, me decía a mí misma: «Si yo fuese Marco, me peinaría así, me vestiría así...». Después le buscaba excusas: «Pero no tiene dinero. Si yo tuviese dinero, la ayudaría...».

Marco me oyó doblar las cartas, abrió los ojos y sonrió:

—¿Buenas noticias?

—Sí... Marco—me atreví a decirle—, ¿a usted no le llega el correo aquí?

—Claro que sí, pero no tengo más correo que el que usted ha visto. —Y, como yo no decía nada, añadió de un tirón—: Como usted sabe, estoy separada de mi marido. Los amigos de V., gracias a Dios, siguen siendo sus amigos y no los míos. Hace veinte años tuve un hijo, pero murió cuando era muy pequeño, y jamás he tenido un amante. Ya ve que no hay mucho que contar.

—Jamás ha tenido amante...—repetí.

Marco se rio al notar mi consternación.

—¿Es lo que más la sorprende? ¡Tranquilícese! Para mí eso es lo de menos... De hecho, hace tiempo que dejé de darle vueltas.

Mi mirada recorrió sus bellos ojos, descansados por el aire puro y el verde de los castaños, y la arruguita bajo la punta de su graciosa nariz antes de posarse en sus dientes, algo descoloridos pero sanos y bien alineados:

—¡Es usted muy bonita, Marco!

—¡Oh!—dijo ella alegremente—, fui incluso encantadora. De lo contrario V. no se habría casado conmigo. Para serle sincera, estoy convencida de que el destino me ha ahorrado un gran fastidio, eso que llaman temperamento. Ese asunto tan desagradable de que la sangre le suba a una a las mejillas, de que los ojos se le pongan en blanco, las narinas palpitantes..., confieso que ni lo he conocido ni lo echo de menos. Me cree, ¿verdad?

—Sí, sí—asentí maquinalmente, mirando las movedizas narinas de Marco.

Posó su fina mano sobre la mía, con un abandono que yo sabía que no le era fácil.

—Mucha pobreza, hija mía, y antes de la pobreza los



quehaceres propios de la mujer de un artista, con todo lo que eso conlleva de... manual, de parecido al trabajo de una sirvienta. ¿De dónde habría podido sacar el tiempo para estar ociosa, arreglarme, acudir a elegantes citas secretas..., en fin, para enamorarme...—Suspiró, me pasó la mano por el cabello y me lo echó para atrás en las sienes—. ¿Por qué no se deja la frente un poco más despejada? Cuando yo era joven, me peinaba así...

Y como yo odiaba que mis sienes de gato callejero quedaran al descubierto, me zafé de aquella manita y exclamé interrumpiendo a Marco:

—¡Eso sí que no! Soy yo la que voy a peinarla, ¡tengo una idea fantástica!

Confidencias breves, pasatiempos de reclusas, horas que a veces pasaban con el ajetreo de un taller de costura, otras con el ocio de una convalecencia... No recuerdo que nuestras agradables vacaciones engendraran una verdadera complicidad. Yo tendía a actuar con deferencia hacia Marco, y sin embargo hacía caso omiso de sus opiniones sobre la vida y el amor. Cuando me decía que habría podido ser mi madre, me daba cuenta de que la nuestra no se parecería nunca a la tempestuosa relación de una madre y una hija, ni a la camaradería que habría podido establecer con una mujer joven. Pero en aquella época no conocía a ninguna muchacha ni mujer de mi edad con quien pudiese compartir una alegría despreocupada, una complicidad muda, una vitalidad que se tradujera en risas tontas, en rivalidades físicas, en placeres un poco crueles que la edad de Marco, su delicada complexión y su carácter dejaban fuera de nuestro alcance.

Conversábamos y también leíamos. Yo había sido una lectora voraz en la infancia, Marco se había instruido. Al principio, creí que podría echar mano de la memoria y la vi-

vaz inteligencia de Marco siempre que quisiera, pero pronto me di cuenta de que respondía con cierta lasitud, como si desconfiara de sus propias palabras.

—Marco, ¿por qué se llama usted Marco?

—Porque en realidad me llamo Léonie—me contestó—. Léonie no era un nombre digno para la mujer de V. Cuando tenía veinte años, V. me hacía posar con un fez cuya borla me caía sobre la oreja y babuchas puntiagudas. Mientras pintaba, cantaba esta vieja romanza: «¿Te gusta, Marco la Bella, | bailar en los salones en flor? | ¿Te gusta, en la noche oscura, entregar todo tu amor? | Tararará, tararará...». No recuerdo cómo sigue...—Nunca había oído cantar a Marco. Tenía una voz bonita, débil y clara como la de algunos ancianos—. En mi juventud aún se cantaban esas canciones—añadió—. Los talleres de los pintores han contribuido mucho a propagar la mala música...

Parecía no querer salvar de su pasado más que una ligera ironía... Yo era demasiado joven para reconocer en ella las formas serenas y púdicas de la renuncia.

Hacia el final de nuestro veraneo en el Franco Condado, no obstante, a Marco le sucedió algo asombroso. Su marido, que pintaba en Estados Unidos, le envió a través de su notario un cheque de quince mil francos. «¿Ahora tiene un notario? ¡Caramba!», se limitó a comentar con una carcajada. Luego volvió a guardar el cheque y la carta notarial en el sobre y se olvidó del asunto. No obstante, durante la cena dejó traslucir cierta excitación, y en voz muy baja preguntó a la criada si nos podía traer una botella de champagne, cosa que hizo. Era dulce y estaba tibio, sabía un poco a corcho, y sólo bebimos media botella entre las dos.

Antes de cerrar, como cada noche, la puerta de comunicación entre nuestras habitaciones, Marco me hizo unas cuantas preguntas con aire distraído: «¿Cree usted que el

próximo invierno todavía se llevarán esos abrigo de terciopelo y mangas anchas, sabe a los que me refiero? ¿De qué tienda era ese sombrero encantador que llevaba usted en primavera, con el ala inclinada a ambos lados como un tejado? Me gustaba mucho..., para usted, se entiende...». Hablaba con ligereza, sin detenerse apenas a escuchar mis respuestas, y yo fingí no adivinar hasta qué punto había ocultado su afán de vestidos decentes y de ropa interior nueva.

A la mañana siguiente, se había dominado por completo. «En realidad—me dijo—, no veo por qué tendría que aceptar la suma que me ofrece ese..., es decir, mi marido... Por mucho que ahora le apetezca darme limosnas, no hay razón para que yo las acepte...». Mientras hablaba, tiraba de unos hilos que la lavandera había arrancado del encaje barato que ribeteaba su bata, bajo la cual asomaba una camisa de día más que modesta. Yo me irrité y reprendí a Marco como lo hubiese hecho una hermana mayor con una niña pequeña. Hasta el punto que sentí un poco de vergüenza, pero ella se limitó a reír: «¡Está bien, no se enfade! Ya que ésta es su voluntad, me dejaré mantener por el señor V. La verdad es que ya iba siendo hora».

Acerqué mi mejilla a la de Marco. Nos quedamos contemplando el sol abrasador y rojizo alcanzar el zénit y beberse una a una las sombras que dividían las montañas. A lo lejos palpitaba el meandro que describía el río. Marco suspiró: «¿Saldría muy caro un corsé corto de éstos tan bonitos con cintas y rosas rococó en los ligueros?».

Con el regreso a París, Marco reanudó su folletín. Volvió a lucir el sombrero de los tres cardos azules, el vestido de un negro descolorido, los guantes gris oscuro y la cartera de

collegial de cartón forrado con cuero. Antes de pensar en su elegancia personal, quiso cambiar de domicilio y alquiló por un año un estudio amueblado de dos habitaciones y un baño con una especie de cocina empotrada en la planta baja. Era oscuro en pleno día, pero las cortinas y la ropa de cama de cretona, blancas y rojas, no estaban demasiado gastadas. A mediodía comía en una cafetería cerca de la Biblioteca y, por la noche, tomaba té y pan con mantequilla en su estudio, excepto cuando yo lograba retenerla en mi casa alrededor de una mesa donde las olivas rellenas y los *rollmops* sustituían la típica sopa y el asado. A veces Paul Masson traía de la pastelería Quillet, que estaba en rue de Bucí, un excelente «quillet» de chocolate.

Cuando octubre llegó cargado de lluvia, Marco aún no había adquirido, absorbida por su trabajo resignado, más que una especie de gabán encauchado que apestaba a asfalto. Un día llegó con una expresión ansiosa y culpable en el rostro. «¡Mire esto! Vengo a que me riña—confesó—. Creo que me he precipitado al comprar este abrigo. Tengo la impresión de que..., de que no está bien». Su timidez de hermana menor me hizo reír, pero dejé de hacerlo en cuanto examiné el abrigo. Un instinto infalible llevaba a Marco, tan refinada en otros ámbitos, a escoger telas malas, cortes deplorables, ridículas trencillas...

A partir del día siguiente, me tomé el tiempo de salir con ella y vestirla. Ninguna de las dos podíamos aspirar a la alta costura, pero tuve el placer de ver a Marco delgada y rejuvenecida enfundada en un traje sastre oscuro y en un vestido de sarga azul marino con pechera blanca. Si a esto le añadimos el pequeño paletó recto de caracul, dos sombreros y la ropa interior, nos gastamos ni más ni menos que mil quinientos francos: ni duda cabe que no escatimé ni un céntimo de los fondos enviados por el pintor V.